

Apocas semanas del final del Campeonato Nacional de Liga no faltan los balances críticos, valorativos o simplemente informativos de lo que fue una Liga larga y aburrida. Se habla de que se va a autorizar la importación de jugadores extranjeros, y en cuanto a la selección nacional, Kubala ha iniciado una operación «camp» por su cuenta: la recuperación del que fue Luisito Suárez y es don Luis Suárez. A sus treinta y siete años, Suárez sigue siendo considerado como uno de los mejores jugadores de Italia y Europa. El Sampdoria, su equipo, no pasa apuros en la Liga italiana, amalgamado por el juego constructor desde atrás de don Luis Suárez.

Ojalá tuviéramos varios Luis Suárez en el fútbol español. Nos aburriríamos menos las fiestas de guardar. El hastío «in crescendo» que está inundando el país cabe atribuirlo, entre otras causas, a lo mal que se juega al fútbol. Si usted no es drogadicto de esta droga, pero al menos tiene un aparato de televisión, haga un esfuerzo: contemple uno o dos partidos de fútbol. Escoja incluso partidos por todo lo alto. No se quede en la medianía de los que «pugnan por salvarse de la cola», como diría un comentarista deportivo al uso. Sea ambicioso. Apueste por un partido Barcelona-Madrid, o Madrid-Valencia, o Valencia-Madrid.

Bostece, pero seguro.

DE LA FURIA A LA ABULIA, PASANDO POR LA GLORIA

El fútbol español ha seguido un proceso ideológico muy grave en estos últimos diez años. Hasta 1950, la historia del fútbol español es la historia de Zamora y Samitier, el grito de Belaúste, el gol de Vallana y la victoria política de la «squadra azzurra» mussoliniana sobre los «diablos rojos» de la Segunda República Española. Me estoy refiriendo al partido celebrado en Roma en 1934, con motivo de los Campeonatos del Mundo.

La gente tenía en la cabeza otras figuras, otras gestas menores. Pero, básicamente, el fútbol era todo lo dicho y poca cosa más. La selección nacional que participó en los Campeonatos del Mundo de 1950 lanzó nuevos mitos al mercado popular. Casi inútil mencionarlos: Ramallets, Gonzalvo, Zarra, Basora, Gainza, Igoa, César, Molowny... son cromos coleccionables por los niños de entonces y son dioses mitificados

por los adultos. El fútbol giraba en torno de la «figura» y los equipos jugaban, generalmente, en torno a esa «figura». El Barcelona jugaba para pasar pelotas sobre la cabeza de César. El espectáculo del Madrid lo daba Molowny. En el Bilbao, Panizo, Zarra y Gainza, cada uno en su sitio, cumplían el papel de «vedette».

Jugar era un ejercicio casi espontáneo, sin otras reglas fundamentales que chutar las más veces posibles a gol e impedir el mayor número posible de goles. Los entrenadores se aplicaban sobre todo a mejorar la técnica individual de cada jugador. Pero, de una u otra manera, cada jugador recibía las experiencias del extremo de quien había heredado el puesto, sus propias experiencias y facultades y lo que le iba enseñando el fútbol cada domingo.

Los entrenadores extranjeros aportaban experiencias ultrapiropinadas. A veces bastaba que enseñaran a un extremo izquierda a regatear de una forma diferente para que el extremo izquierda viviera del hallazgo durante media temporada: hasta que todos los defensas antagónicos se aprendían la fórmula y encontraban la forma de marcarle. «Disposición táctica sobre el terreno de juego», lo que se llama «disposición táctica sobre el terreno de juego», se tenía pero no se tenía. Me explicaré. La clásica disposición 1, 2, 3, 5, con la que nació el fútbol, había sufrido ya en los años cuarenta la modificación británica de la WM, es decir, el paso del medio centro a la posición fija de defensa central. El esquema quedaba entonces así: 1, 3, 2, 5. Esta fue la táctica privativa en los Campeonatos Mundiales de 1950, 1954 y casi 1958.

El objetivo era favorecer el fútbol de ataque. La base del fútbol era el gol, porque el fútbol se concebía como un juego agresivo, en el que había que arriesgar la propia seguridad defensiva. Esta disposición «ideológica» repercutía en la valoración «cultural» del futbolista: los niños querían ser delanteros, y a ser posible delanteros centro. Era el puesto más determinante, la figura más viril, incisiva, agresiva sobre el terreno de juego. Los interiores también, pero ya eran otra cosa. Eran los intelectuales o los pulmones. En general, un interior era «el intelectual», y el otro se partía lo que fuera subiendo y bajando pelotas en apoyo de los medios. Detrás quedaba otro puesto envidiado, el de defensa central, que era algo así como un delantero centro, pero a la inversa.

Y el paso del protagonismo futbolístico único (el delantero centro) al protagonismo biplaza, significaba el principio del fin de las viejas concepciones. Con la llegada de Kubala, Di Stéfano y Wilkes, poco iba a quedar de ellas.

LOS ARMADORES

Kubala, Di Stéfano y Wilkes representan, por una parte, la culminación del *fútbol individual*, por cuanto el esplendor de sus equipos estuvo directamente ligado a su esplendor individual. Pero las características de su juego fueron definitivas precisamente para arruinar el concepto de fútbol individual. Kubala jugaba para el equipo, no digamos ya de Di Stéfano, jugador que armaba el juego desde la propia defensa, y en cuanto a Wilkes, era un formidable distribuidor de juego.

Los técnicos empezaban a cobrar importancia, y sus esquemas de juego, aunque seguían supeditados a «la figura», fuera ésta a la antigua o a la moderna, pasaban a una concepción táctica de conjunto. Si hacemos un análisis del Barcelona de Kubala o del Madrid de Di Stéfano, veremos que por primera vez aparece el concepto de «jugador peón» (Moreno, en el Barcelona, o el primer Gento, en el Madrid), que cumple una función, sólo una, dentro de una concepción táctica global. Moreno era un trotón y un peleón bien movido por Kubala; Gento, el primer Gento, repito, era una punta incisiva fabulosamente lanzada por Di Stéfano o Rial.

Estos jugadores-figuras seguían ocultando la importancia que cobraba el «técnico». Ellos mismos creaban, improvisaban las modificaciones sobre el terreno a partir de un esquema muy previo. El público tenía casi un triple plano de satisfacción: el juego de la figura, el juego del equipo y la contienda en sí misma. El público era consciente de que cada equipo tenía un protagonista, y cuando esa figura no jugaba por lesión, el público quedaba como desamparado, huérfano, hijo de viuda.

Mientras en España seguíamos aferrados a esta concepción, en el mundo se evolucionaba. Claro que el «boom» económico de nuestro fútbol había atraído a España, entre 1950 y 1960, a un sesenta por ciento de la plana mayor del fútbol mundial; pero mientras aquí se mantenía la utilización de la figura sin investigar sobre el rendimiento del equipo, en el extranjero empezaba a con-

formarse el concepto de fútbol-máquina, según el cual cada jugador no es otra cosa que una pieza ensamblada y todo el equipo una máquina que se mueve de acuerdo con el programa de comportamiento que le ha predeterminado el técnico.

Balmanya fue el introductor en España de esta concepción. Se hizo cargo del Barcelona coincidiendo con un «bache» de Kubala

LA LIGA MAS LARGA Y MAS ABU- RRIDA

y propició la «deskubalización». Sustituyó el «kubalismo» por un equipo basado en el «cuadro mágico», el ritmo continuado y coordinado entre los dos medios y los dos interiores, completados por tres rematadores rápidos y duros: los dos extremos y el delantero centro. Los medios volantes heredaron las glorias del delantero centro. Si la memoria no nos falla, en la segunda mitad de la década de los cincuenta es cuando proliferan las parejas de

medios como piezas clave del juego de los equipos: Pasieguito-Puchades, Vergés-Gensana, Mauri-Maguregui, Ramoní-Ruiz Sosa, Marañón-Glaría, Santisteban-Zárraga... Los medios volantes son la válvula cordial de esa maquinaria manejada por el capitán Nemo que habita las profundidades submarinas de la banda: llámese Balmanya, Daucick, Carniglia, H. H., Scarone, Scopelli.

sin figuras polarizadoras. Además no se había valorizado lo suficiente el trabajo de equipo, se habían quemado las parejas de medios trabajadores, al público le costaba superar la nostalgia por el jugador artista.

¿Se podía sustituir la figura del jugador-espectáculo por el equipo espectáculo? Las fórmulas hasta entonces «comprendidas» se basaban en que cada uno de los

El fútbol se crispa, los técnicos sustituyen el «valor victoria» por el valor «no perder», y las técnicas se hacen regresivas, destructoras del juego antagonista. El técnico adquiere mayor importancia, pero también mayor responsabilidad: le pueden entronizar hoy y pasado mañana cortarle la cabeza. Paralelamente, el nivel de vida y la especulación de solares ha frenado la dedicación de las masas infantiles hacia el deporte rey. Los clubs primates, que se corresponden con ciudades industriales o al menos con importantes concentraciones urbanas, cada vez encuentran menos jugadores en la cantera. Resultaría curioso saber cuántos madrileños hay ahora en el Real Madrid y cuántos catalanes en el Barcelona.

Pero es que incluso les cuesta encontrar jugadores fuera de la cantera, bien por el precio, bien porque en todas partes las gentes buscan soluciones menos azarosas que la lotería de triunfar o no triunfar en el fútbol. Unamos el protagonismo de ese sujeto indiferenciado llamado equipo con la relevancia del técnico por encima de cualquier otro jugador, con el predominio de las tácticas conservadoras, con la escasez ya infraestructural de practicantes y tendremos la explicación de por qué un partido de fútbol es lo más aburrido que hay en este mundo después de un computador. Del 1, 2, 3, 5 se ha pasado al 1, 4, 3, 3, como esquema permanente, e incluso al 1, 4, 4, 2 como esquema alternante. Dos o tres jugadores intentan marcar gol y nueve u ocho intentan impedirlo: la batalla es desproporcionada.

En todo el mundo, el espectáculo futbolístico se basa hoy en el juego de conjunto. El buen fútbol europeo es hoy cosa de relojería, en la que están perfectamente ensambladas piezas mediocres con piezas excepcionales. Cuando se habla de la maquinaria del Ajax creada por Michels se habla con propiedad. Cruyff, por ejemplo, es un gran jugador, pero es un gran jugador en función de la maquinaria Ajax; que nadie espere verle hacer jugadas a lo Kubala o a lo Di Stéfano: es un «especialista», como diría Michels, que sobre todo sabe saltar sobre las entradas de la defensa enemiga y buscar el camino más corto para el gol propio o ajeno.

El público europeo ha aprendido a ver este fútbol. El público español no, y en parte porque no se le ha dado oportunidad. En varios momentos ha estado a punto de cuajar entre nosotros un excelente juego de equipo: el del Atlético de Madrid, bajo Marcel Domingo; el del Valencia de

los buenos tiempos de Waldo, Paquito, Roberto, Mestre, etcétera; el del Madrid de los «eye-yés», que conservaba el esquema de juego creado por el gran Di Stéfano; algunas fases del Barcelona de Artigas o Buckingham. Pero 1971-1972 ha sido una temporada especialmente tediosa para el espectador español.

La Liga más larga ha sido la más aburrida. Ha ganado el menos malo y por ninguna parte se ve la solución. En el Barcelona, Michels intenta la experiencia de crear un aparato de relojería con casi las únicas figuras individuales que tiene el fútbol español. El Barcelona ha coleccionado figuras indiscutibles, como Gallego, Marcial, Asensi, Rexach, pero hasta ahora el afán de Michels por meter todo eso dentro de una máquina no ha ido por buen camino.

El otro día, alguien me decía que hoy no tenemos en España el jugador que te hace levantar del asiento. No. Hoy tenemos «equipos que nos hacen levantar de los asientos»..., pero levantar, marcharnos y no volver.

EL MITO DE LA IMPORTACION

Es posible que se levanten las barreras que hay ante la importación de jugadores y que, a figura por equipo, en 1972-1973 el público tenga el aliciente de ver cómo se desenvuelven en España figuras de postín del fútbol mundial.

Permítanme que desconfíe de la operación. El fútbol en España está demasiado agarrotado por múltiples responsabilidades, el fútbol en España es válvula de escape de demasiadas cosas. Quien mejor ha sabido expresarlo ha sido el señor De Miguel, presidente del Valencia. A raíz de los incidentes en el partido Valencia-Real Madrid, el presidente valencianista se lamentaba de que el árbitro hubiera provocado al público enseñándole una almohadilla:

—Ahora no hablo como presidente, ahora hablo como diputado a Cortes. Tal como están las cosas en el país, ¿cómo se le ocurre a un árbitro provocar al público enseñándole una almohadilla?

Creo que la importación de jugadores no va a solucionar el problema de la neurotización de la relación público-fútbol, que es la que en definitiva ha impedido un desarrollo normal en la perfección técnica del juego y en la creación de un espíritu competitivo sano. Esto no es harina sólo del costal español.

Pero aquí, ¡cómo no!, es una harina peculiar. ■ LUIS DAVILA.



Un equipo de fútbol destaca por sus armadores, por su esquema táctico, aunque en España no se sea totalmente consciente de ello porque sobrevivían los monstruos sagrados Kubala y Di Stéfano.

EL FUTBOL-MAQUINA

Desaparecidas las grandes figuras, envejecido Gento, exiliados económicamente Suárez o Del Sol, el fútbol español se quedó

once jugadores fuera un artista: el Honved o la selección brasileña de fútbol. Pero al público le costaba, y le cuesta, mucho llegar a captar la razón última del espectáculo en un simple juego de conjunto. Lógicamente, desaparece la «idea de lo que era belleza» aplicada al fútbol, y sólo se sustituye por la idea de eficacia. Desaparece la compensación de un juego bonito o de un jugador genial, y sólo queda a cambio la satisfacción por la victoria.